

DELFINA CAREAGA

La mujer del espejo

ÉL NO LLEGÓ SOLO. No debía sorprenderme: yo misma se lo había impuesto.

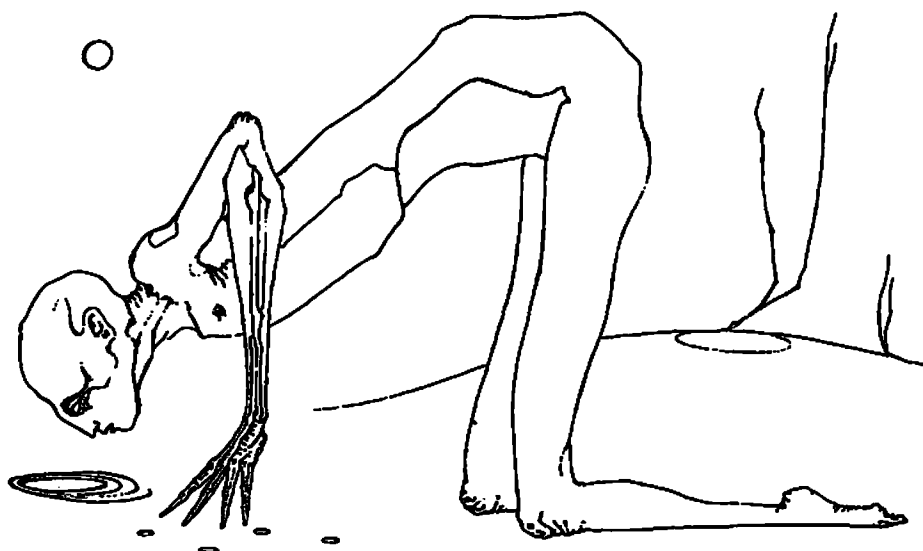
“Esta noche voy a verte”, había dicho muy suavemente por teléfono y yo, en un derroche de inconsciencia premeditada, al contestarle, no le di importancia a sus palabras y, además, fingí que había olvidado el último encuentro:

—¡Qué bueno! Me da mucho gusto, ¿a qué horas *vienen Alberto y tú?*

El instante de silencio derrumbó la ilusión. Y, por supuesto ni él ni yo dimos muestra de nuestro desencanto. “A las ocho y media estaremos en tu casa... *los dos*”. Me contestó esta vez muy secamente. Y a esa hora, puntual, se presentó con su amigo inseparable, como si nunca hubiera pasado nada, como otras veces, como siempre.

Cuando colgué el teléfono sin pensarlo me dirigí al espejo. Y me dije frente a frente que me había portado bien. Muy bien. Que nada de tonterías a estas alturas en que había desplazado cualquier emoción por la comodidad de no sentir nada. Que las tentaciones sentimentales, a mi edad, eran un gran pecado estético y que ya no valía la pena pagar nada por nada. Que si yo había vivido sola tantos años era porque así lo había dispuesto, quizás desde mi nacimiento; y que, por lo tanto, era absurda y denigrante esa opacidad húmeda en los ojos, y esa súplica, mal disimulada, en las manos ligeramente abiertas que veía sin pudor en la mujer que me miraba desde el espejo.

—No puedes quejarte —le dije—: has gozado no sólo el amor sino la pasión que pocos pueden darse el lujo de vivirla. Y además ¡aún estás aquí! Aún te queda alguna capacidad para la alegría y has descubierto que la imaginación no es tan mal sustituto de la vida. Las cosas, ¿ves? un día deben terminarse. Así debe ser. ¡Es!, te lo aseguro.



Mirar el agua, 1975.

Ella bajó los ojos. ¡Me fastidia que lllore! No entiende que de esta manera vuelve a echarse a las espaldas ese pasado que la fatiga tanto. ¡No entiende nada cuando no se le da la gana!

Restregándose la cara junto con el rimel y el maquillaje le grité que era una idiota. En resumidas cuentas qué diablos sucedía ¿eh?... ¡Nada!

—El beso en aquella fiesta no significa que te quiere ¿lo oyes? Fue sólo la amalgama de un montón de situaciones: la celebración de tu nuevo libro —lo único que sabes hacer y que sorprende a algunos—; la admiración que él, por su juventud, siente por ti; la bebida; la atmósfera de éxito que te rodeaba... Y ya. Eso es todo. Fue un instante de ternura, de SU ternura que circunstancialmente puso en ti y que lo impulsó a decirte: "Quiero besarte en la boca".

Ella habló tan quedo que apenas pudo oírlo:

—Y en la mía sentí otra vez de sus labios la caricia; como si recién la inventara, como si por primera vez yo la sintiera. Y tú repasaste temblando aquella amistad de sutiles promesas, de tenues roces de intenciones.

—Y por ese instante —continué—, por ese único instante quieres abolir el tiempo y la memoria; ¡qué fácil! ¿No?

La miré con firmeza. Ella hizo una mueca infantil, y habló casi dentro de un "puchero".

—No sabes desde cuándo quería besarte... Contigo es muy tímido y sin embargo te ha hablado por teléfono apenas hace una hora. ¡Después de tu dichosa fiesta y sus pretextos! Él te dijo que vendría a verte, hoy, solo, a ti, ¿no te acuerdas? Tú sabes que, a pesar de todo, aún aguarda una señal tuya por más discreta que parezca. Aún hay tiempo, te lo juro.

—Puede ser... Pero, no; ese interés no es legítimo, ni siquiera existe. Para él sólo soy una imagen, y no lo voy a dejar pretender que yo misma me la crea.

—Es posible —dijo ella en el espejo.

Después intentó una sonrisa. Así estaba mejor. Si en verdad no es tan tonta.

Me limpié la cara. Volví a pintarme con cuidado. Me puse, distraída, un poco de perfume en el cuello al sentirme más segura; pero de pronto, la mirada se me fue perdiendo tras un sueño ya impreciso por lejano, como si lo buscara y no supiera que el perfume y el roce de mis dedos en mi piel fabricaban en ese momento la misma sustancia del olvido.

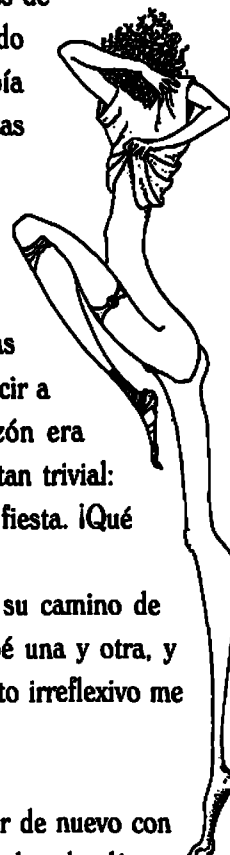
Hice un esfuerzo y regresé a mi presente. Me sentí contenta y no quise preguntarme el motivo... (¡tan obvio!); me bastó tener conciencia de que volvía a palpar todo mi cuerpo. ¿Ves? Así está mejor. Si de verdad no soy tonta tonta y sé rescatarme a tiempo de mis garras.

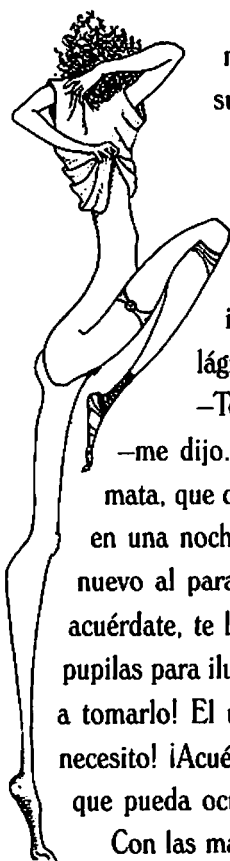
Tuve buen cuidado de evadir el espejo al vestirme con una falda amplia y un suéter negro de cuello alto que me otorgan una madurez todavía fresca. Mire a mi alrededor: las plantas, las cortinas de manta con encajes, la mesita y su florero entre las dos butacas; ¡la enorme, enorme cama de latón!... los cuadros, las queridas reproducciones de Modigliani; la gran puerta de vidrio de la terraza y allá los árboles de enfrente y la tarde a punto de morir. Todo mío. Sólo mío. Todo limpio. Todo en orden. Me senté en la cama. ¿Cuánto me había costado llegar a esa soledad aceptada? ¿Cuántas batallas? ¿Cuántas muertes? Cada partícula de este silencio enterraba los gritos, la angustia, aquel viejo intento de suicidio, todas las cicatrices. Y yo, sola —como una pequeñísima piedra en el desierto infinito— sola, había logrado crecer y poblar el mundo con mi presencia. En cierta forma —no por cierto en la que señalan las revistas femeninas—, era yo una triunfadora. Se lo acababa de decir a la mujer del espejo: ¡sobrevivía! Así es que por ninguna razón era justificable volver a perder el equilibrio. Y luego por un asunto tan trivial: porque un joven al que le doblo la edad, me había besado en una fiesta. ¡Qué ridículo!

Miré el reloj. ¡Las ocho! Mi sangre pareció desbordarse en su camino de arterias. Fui al armario. Saqué cinco o seis pañoletas. Me probé una y otra, y otra, y cuando me coloqué la última en el pelo, con un movimiento irreflexivo me volví hacia el espejo.

Ella estaba allí, como una sentencia.

Su mirada de asombro apenas duró un segundo para aparecer de nuevo con su rostro seco, con su boca ahora de labios delgados que acentuaban las líneas





de las mejillas, ya un poco flácidas. Me miró con su estúpida mascada azul, azorada, como quien espera recibir eso, precisamente su sentencia de muerte.

—¡No! —dije en voz alta. No quiero, ¡ya no puedo, estoy cansada!, ¿pero es que jamás entenderás? ¡Estás vieja! ¡Vieja, vieja! ¡Eres una grotesca vieja patética!

Su desesperación logró asustarme. Compuso su gesto de inmediato y aparecieron de nuevo, temblando, algunas densas lágrimas en sus ojos ahumados.

—Todavía no llegas a los cincuenta y ya no tenemos mucho qué defender —me dijo. No seas tonta. Lo que sucede es que sólo revives aquello que mata, que destruye. Pero no olvides que también puedes recobrar la eternidad en una noche. Acuérdate de la recuperación de los sueños; de la entrada de nuevo al paraíso; del universo vuelto una clarísima reverberancia de colores; acuérdate, te lo suplico. Acuérdate de la luz en tus pupilas; del incendio de tus pupilas para iluminar con luz propia lo que tocan. El amor es un instante. ¡Vuelve a tomarlo! El único instante entre todo el tiempo de la muerte. ¡Tómalo! ¡Lo necesito! ¡Acuérdate, te lo ruego, de la vida! ¿Cómo es que te preocupas por lo que pueda ocurrir después?

Con las manos me tapé la cara.

—No —murmuré. Tengo vergüenza. Él es tan joven. ¿Qué puedo ya ofrecerle?

Su voz salió ronca de muy adentro del espejo.

—Anda, junta tus pedazos, límpialos del miedo, únelos y reconstrúyete una vez más para entregarte. Es la única manera de no morir nunca; anda...

Todavía dudé. Afuera ya era de noche. No hacía frío, aunque tampoco había estrellas. Luego, dije un "no" oscuro, ya apacible en la derrota; o como si pronunciara un lento "amén" al terminar una plegaria.

Ella quedó en silencio. Yo levanté la cara y la miré.

—Cobarde —susurró.

Entonces escuché el timbre de la puerta.

En el espejo alcancé a ver cómo ella desaparecía, poco a poco, cubierta por una como lluvia brumosa, hasta dejar en la superficie fría del cristal sólo la sonrisa tiesa de la recta cicatriz de sus labios.

Cuando abrí la puerta, así, sonriendo, cordial saludé a él y a su amigo. Los hice entrar en mi panteón florido. ¡Y no permití el mínimo error que dejara al descubierto mi último asesinato! LC